

«historiador de su vida¹, la profunda veneracion que siempre «habia profesado á la sagrada Compañía de Jesús.»

En el momento en que se consumaban tan grandes cosas en la Iglesia y en el mundo, se vió expuesto el Instituto á los tiros de un apóstata. En el seno de las sociedades religiosas se encuentran tambien, como en el seno de los partidos, ciertos hombres revoltosos, descontentos siempre de su posicion, y siempre dispuestos á apreciar sus talentos ó sus servicios mucho mas de lo que son en realidad. Creyéndose desairados, tratan al principio de hacerse temer, y visto que no consiguen su objeto, se pasan al campo enemigo, llevando por única arma la calumnia. Los adversarios explotan sus revelaciones, si bien desprecian á quien las hace. Compran el oprobio, y lo venden de nuevo sin reflexionar que aun la misma verdad, emanada de una transaccion vergonzosa, no puede ya ser aceptada como tal. La Compañía de Jesús habia ya visto salir de su seno algunos apóstatas, tales como Hasenmuller, Reihing, Daniel Peyrol y otros cinco ó seis, á quienes el protestantismo habia acogido, apresurándose á transformarlos en ministros de su culto; escándalo que fue renovado por un Jesuita francés, llamado Jarrige, nacido en Tulle en 1605. Este Jesuita, de quien dice Bayle² «que llegó á concebir un sentimiento profundo, al ver que no se le daban en su Orden «los empleos que ambicionaba y de que se creia digno, se decidió á hacerse protestante;» y pasando á la Rochela en 25 de diciembre de 1647, el consistorio calvinista le abrió sus brazos; y como entonces era la apostasia un crimen contra el que se imponía la pena capital, se refugió el apóstata en Holanda. Siéndole preciso explotar aquella ignominia, especie de pension de los extraviados, empezó á explicar en la cátedra de Leyde los motivos que le habian impulsado á separarse de la Iglesia romana y de la Compañía, y en seguida desarrolló estos motivos en una obra intitulada: *Los Jesuitas en el patíbulo por muchos crímenes capitales*. Este libro, cuyo título solo era un borron de ignominia, llenó de indignacion á las almas concienzudas, aun de aquellas que seguian el protestantismo; mas como los partidos no se creen obligados á la probidad, que sus individuos reclaman y profesan en la vida privada; viendo en la obra de Jarrige una excelente

¹ Collet, *Vida de san Vicente de Paul*, tomo II, pág. 88.

² Bayle, *Diccionario histórico-crítico*, artic. *Jarrige*.

arma contra los Jesuitas, aunque el apóstata acababa de ser ahorcado y quemado en efígie en la Rochela, ¿qué extraño es que presentasen su folleto como la expresion mas verdadera de los sentimientos y actos de la Compañía de Jesús?

Exaltado este libro por el espíritu de secta, habia llegado á obtener un éxito escandaloso. Entre tanto, el Jesuita Ponthelier, que á la sazón se hallaba en el Haya, tuvo ocasion de hablar con Jarrige. A fuerza de destreza y prudencia llegó á arrancarle una confesion de su crimen; y el apóstata, renunciando á sus nuevas amistades y á la fortuna que le proporcionaban los Estados generales de Holanda, se retiró en 1650 entre los Jesuitas de Amberes, y publicó desde este asilo una retractacion tan amplia como completa, en la que se lee¹: «Destituido en aquella época de toda humana razon, y estimulado por un espíritu de venganza, «escribí un libro mordaz y cruel contra la provincia de Guiena. «Si hallé la mas leve ocasion de hacer algun comentario, no dejé de hacer pasar mis conjeturas por prueba; y si alguna vez ha «sucedido que con verdad ó mentira hayan sido sospechados algunos individuos, por los extraños ó por los domésticos, he tratado de hacer pasar como grandes criminales á unos sugetos, «que pesados en la balanza de la justicia, serian culpables únicamente de alguna simpleza, ó á lo mas de una ligera falta. «Cualquiera que examine mi obra con detencion y ánimo desinteresado, no podrá menos de advertir los infinitos y artificiosos «episodios que he procurado intercalar en ella, con el objeto de «hacer mas agradables mis imposturas. He dicho demasiado para «que se me crea, y los mismos herejes, aunque en el porvenir «se forjen un arma de mis imputaciones, las han desaprobado «en el sínodo de Middelbourg: preciso es abrigar un alma tan «apasionada como yo la tenia cuando escribí ese folleto, para «prestar asenso á mis ultrajes, y dar crédito á las sandeces que «abortó mi pluma. Si algo ha habido de verdadero, los culpables «han sido al momento expulsados de la Compañía, que semejan «te en un todo al gran océano, no ha consentido en su seno los «cadáveres. Por lo tanto, mis acusaciones no pueden ser mas injustas, puesto que acriminan á una religion ilustre, imputando «la delitos que expele de su seno, como indignos de morar bajo

¹ *Retractacion de Jarrige*, pág. 77 y 79.

«el mismo techo que habitan los santos, y de conservar un espíritu de demonio entre los ángeles.

«Mi furor extremado me ha impelido á decir el mal, y ocultar el remedio. He publicado las faltas que algunos habian cometido en ciertos parajes; pero dejé de añadir que habian sido al momento expulsados como una peste. Quien conoce á los Jesuitas no puede menos de mirar como forjados por mi delirante encono los crímenes de regicidio, infanticidio y otros tales que les atribuyo. ¡ Cuántas y cuántas veces me he servido, contra todos los principios de un buen raciocinio, de reflexiones capciosas, para haber de concluir de un caso particular contra la generalidad de los individuos, atribuyendo á la Sociedad en masa lo que no hubiera podido justificar en uno solo de sus miembros, si me hubiesen estrechado á una prueba jurídica! »

Estas confesiones, siempre penosas al amor propio, llevan consigo un carácter de justicia y un reconocimiento de las debilidades humanas, que debian inspirar confianza. Los Protestantes se avergonzaron del papel que les habian hecho representar, y guardaron un profundo silencio; pero en cambio intervinieron los Jansenistas, declarando poco concluyente la retractacion de Jarrige; si bien Bayle se encargó de contestar á semejante lenguaje, diciendo: «Dejo á la consideracion de mis lectores, dice, el juzgar si van bien fundados ó no los señores de Port-Royal al sostener que Pedro Jarrige publicó una retractacion insuficiente, acusándose de haber escrito con demasiada animosidad su libro contra los Jesuitas, mas no desaprobando en particular ninguna de las escandalosas historias que habia referido¹.»

Arrepentido al fin este apóstata, se sometió á la obediencia, poniéndose á discrecion de la Santa Sede y de la Compañía de Jesús; y retirándose en seguida á Tulle, vivió entregado á sus remordimientos y al ejercicio de las virtudes sacerdotales, condenándose voluntariamente á la oscuridad. Los Protestantes y los Jansenistas propalaron la noticia de que habia desaparecido, y que los Jesuitas le habian hecho morir en un calabozo subterráneo. El erudito Esteban Balucio², bibliotecario de Colbert y com-

¹ Bayle, *ibidem*.

² Léese en la *Historia urbis Tutelensis*, compuesta por Esteban Balucio,

patriota de Jarrige, ha desmentido con hechos esta imputacion en su *Historia de la ciudad de Tulle*. La acusacion sobrevivió sin embargo á las pruebas materiales, porque lisonjeaba los odios, y permitia á la calumnia ocultarse detrás de un suplicio imaginario. Si Jarrige habia colocado á los Jesuitas en el patíbulo, otro apóstata, Julio Clemente Scotti, lanzó á la palestra pública en 1652 la *Monarquía de los Solipos*; sátira que, como todos los folletos, solo prueba la virulencia de su autor, quien solo es conocido de algunos filólogos y bibliógrafos¹.

Hemos visto ya por las contiendas originadas entre el cardenal Richelieu y los Jesuitas confesores de los reyes, así como por la confianza que Enrique IV y los emperadores dispensaron á los PP. Cotton, Becan y Lamormaini, cuál era en Francia y Alemania el poder de la Sociedad creada por san Ignacio; poder que se ejercia sin censura y de una manera oculta; siendo tanto mas grande, cuanto que el Príncipe, árbitro de la existencia y fortuna de todos sus súbditos, acostumbrado á los homenajes y adulaciones, no encontraba otro censor mas que el sacerdote á cuyos piés humillaba su orgullo. El Jesuita sondeaba las miserias, pasiones y ambiciosos deseos del Monarca; consolábalos ó los calmaba; dirigialos en sus actos; aprobaba ó vituperaba las medidas gubernamentales, y venia á ser, por la misma fuerza de las

lib. III, cap. 30, pág. 290 y 291, lo siguiente: « Pedro Jarrige publicó en 1631, en Amberes, un libro que contenia su abjuracion y arrepentimiento. Permaneció seis meses en la casa profesa de Paris, donde fue recibido y tratado con benevolencia y caridad. Durante este tiempo obtuvieron los Jesuitas del Papa el permiso para que permaneciese en el siglo con traje de sacerdote seglar, aunque sin ser relevado de los votos religiosos. En seguida regresó á Tulle, donde vivió honrado y estimado aun de los mismos Jesuitas, hasta que murió en 1670, siendo enterrado al día siguiente, 26 de setiembre, en la parroquia de San Pedro. Falleció á la edad de sesenta y cuatro años, habiendo pasado veinte y cuatro en la Sociedad antes de su apostasia. »

¹ Unos han atribuido esta obra al P. Melchor Inchofer, muerto en 1648, y que, por consiguiente, no podia desmentir este aserto; al paso que otros se la han apropiado á Scioppius ó á Oton Tabor, jurisconsulto aleman. Deckheer, en su obra *De scriptis adespotis*, pág. 93, se la atribuye á Gabriel Bariacus Laermœus, caballero del Languedoc: Antonio Arnauld y Bayle acusan á Inchofer, mientras que Weis no participa de su dictámen. El P. Oudin (Vide las *Memorias de Nicéron*) y Barbier, en su *Diccionario de los anónimos y pseudónimos*, número 12090, dicen ser obra de Scotti. En 1812, y con ocasion del aniversario del colegio de Zeitz, mereció los honores de una disertacion: *De auctoritate libelli de monarchia Solipsorum*.

cosas, el medianero entre el Rey del cielo y los soberanos de la tierra. La vida pública y privada, los pensamientos mas recónditos de los príncipes, las medidas mas ocultas, todo era de su resorte, todo debía pasar por el crisol del confesonario, para ir á abrigarse en seguida bajo el esplendor de la diadema. Esta posicion excepcional engendraba al lado mismo del poder una multitud de descontentos y de enemigos, al paso que comunicaba á los Jesuitas una preeminencia que podía muy fácilmente degenerar en abuso, tanto en favor de su Orden, como en detrimento del Estado. Pero si hasta entonces habian respondido tan juiciosamente á la eleccion de los soberanos, que aun en medio de las agitaciones políticas y de los conflictos religiosos y militares, no suministraron el mas leve motivo para que se pudiese fundar contra ellos una queja histórica; ahora veremos un Jesuita, confesor de un monarca, que no sabiendo concentrar su ministerio en los límites de la moderacion, favoreció tristes escándalos, que provocaron un severo castigo sobre su cabeza.

La casa de Lorena, cuya rama segunda formaban los de Guisa, se habia declarado, desde el origen de la Compañía, su mas ardiente protectora. Los Jesuitas de la provincia de Champaña poseian en este ducado numerosos establecimientos. Carlos de Lorena, obispo de Verdun, no se contentó con seguir el ejemplo de los de su familia, sino que en vez de apoyar á la Sociedad con su influencia, abdicó las dignidades eclesiásticas; y pasando del obispado al claustro, y de príncipe á Jesuita, vivió y murió en el ejercicio de las mas modestas funciones. El ejemplo de sus virtudes fue tan santamente contagioso, que á los pocos años de haber fallecido acogia el noviciado de Nancy á los herederos de las familias mas ilustres. En 1641 se contaban entre los jóvenes, Carlos de Harcourt y Francisco de Gournay. El padre de este habia muerto en desafio al del primero, y esta sangre derramada alimentaba un odio eterno entre ambas familias. Apenas habia ingresado Harcourt en el noviciado, cuando se presentó Gournay como candidato; y aspirando ambos, y quizás por los mismos motivos, á sofocar bajo el hábito jesuítico la aversion que pudieran tenerse, solicitó el primero la gracia de servir al segundo durante los dias de la primera prueba: obtenida esta, se lanza en sus brazos, inunda con sus lágrimas las manos de su futuro compañero, declárale que todo lo ha olvidado al pié de la

Cruz, apellidándole su hermano, y con arreglo al uso del Instituto, le lava los piés.

Este perdon de las injurias, tan fraternalmente otorgado bajo los auspicios de los Jesuitas, no era el único triunfo que habia conseguido en Lorena la Compañía. Asoladas las campiñas de este Estado á consecuencia de una guerra de veinte años, dejábase ver la penuria con un aspecto tan horrible, que solo la caridad de Vicente de Paul pudo conjurarla, enviando á ellas á los Lazaristas y Hermanas de la Caridad. Los Jesuitas de Pont-à-Mousson y Langres habian agotado todos sus recursos para alimentar á los pobres; su colegio y su casa se habian convertido en un hospital ambulante; y coligándose los hijos de Loyola con los de Vicente en un mismo pensamiento, dispensaron en comun inmensos socorros, haciendo desaparecer poco á poco las calamidades producidas por el hambre.

Mientras que los miembros de la Sociedad satisfacian con todo el lleno de su caridad la deuda de gratitud que habian contraido con la casa de Lorena; el P. Cheminot, por una culpable condescendencia, se desentendia de sus deberes, y exponia á su Orden á las mas tristes sospechas. Llamado este Jesuita en 25 de marzo de 1637 á dirigir la conciencia de Carlos IV, duque de Lorena, jóven de un talento tan brillante como su valor, pero caprichoso é inquieto, dispuesto siempre á dar su mano con su corazon, y haciéndose de la santidad del matrimonio la mas extraña idea, se ostentaba tan voluble en el amor como infiel en sus alianzas políticas, se propuso contemporizar con las pasiones de este Príncipe. Apenas transcurrieron ocho dias desde que Cheminot habia pasado de súbdito á confesor, cuando entregó Carlos su mano con su corazon, en vida de Nicolasa de Lorena, su primera mujer, á Beatriz de Cusance, viuda del conde de Cantecroix. Indiferente á las súplicas de sus hermanos, Francisco de Lorena, y Enriqueta, duquesa de Phalsbour, así como á las de la duquesa de Orleans, trató de llevar adelante su empresa; y aceptando Cheminot la misma posicion á la faz de su Orden, viósele, después de haberle aconsejado, ó al menos aprobado la bigamia, publicar una memoria para sostener la validez de esta segunda union. Muy bien podia habersele reputado como débil ó demasiado complaciente en un principio; pero ya no dejó lugar á la duda, cuando se le observó mas adelante apoyar su obstinacion



en argumentos culpables, y cuando desdeñando los consejos de unos, y despreciando las amonestaciones de otros, llegó á improvisarse una moral exclusivamente suya.

Con los resentimientos de que era objeto la Sociedad de Jesús; con los celos y los temores que habia llegado á inspirar su posicion cerca de los soberanos, semejante escándalo no podia pasar desapercibido. Un casuista tan indulgente, un confesor tan tolerante, salido de la Compañía, no podía menos de suscitar contra ella acriminaciones de toda especie. Es verdad que no perdonaron al P. Cheminot; pero la tempestad no rugió solamente sobre su cabeza... Todos los Jesuitas han pasado á ser solidarios del mal que uno de sus hermanos ha cometido; aunque semejante solidaridad no se ha hecho jamás extensiva al bien que han practicado. Después de acusar á la Compañía de haberse prestado vergonzosamente á las pasiones de un príncipe, sirviendo á sus caprichos para no perder su lucrativa proteccion, afirmaron que catorce teólogos de la misma habian tomado por su cuenta la defensa del duque de Lorena, buscando razones para disculpar á su colega. Muchos escritores han adoptado esta opinion; pero después de haber estudiado nosotros en los archivos del Gesu las cartas autógrafas de los PP. Florencio de Montmorency, Claudio Maillard, Juan Bruanus, Bartolomé Jacquinet y Juan Tollenare, todos los cuales tomaron una parte muy activa en este negocio, creemos imposible perseverar en esta idea.

Estas cartas, en número de ciento cincuenta, y que abrazan un espacio de cinco años, contienen el relato de las tentativas hechas cerca del duque de Lorena y de Cheminot para conducirlos á la enmienda; y demuestran hasta la evidencia que en vez de contemporizar y ser bien quistos los Jesuitas de Carlos IV, no tenian á la sazón un enemigo mas encarnizado. Experimentaba el Duque cierta resistencia, que tarde ó temprano debia concluir por enemistarse con su confesor y dejarle solo, expuesto á las acriminaciones de su familia. Los Jesuitas no consentian en ninguna especie de capitulacion; y creyendo que si destruia sus casas de Alsacia, cometiendo en algunos dias mas estragos que los que habian hecho los suecos en diez años de guerra, llegaria á convencerlos por el terror, de la legitimidad de su union adúltera, puso en juego toda su estrategia, aunque es verdad que los excesos cometidos por su ejército fueron tan impotentes como sus ruegos. Los

provinciales inmediatos á la Lorena, así como tambien los del Alto Rhin, y aun el mismo General de la Compañía, instaban á Cheminot para que se retirase de la corte; pero negándose este á verificarlo, escribió el Duque desde Bruselas á Vitelleschi, con fecha 4 de junio de 1639: «El P. Maillard me acaba de decir de «parte de los Jesuitas de esta ciudad que no recibirian en su casa al P. Cheminot; y como creo que se hallan resueltos á hacerle esta afrenta, que tambien lo es mia, impulsados quizás «por alguna persona ó razon poco considerable, me he visto obligado á enviar á cierto sugeto á las puertas de esta capital con «el objeto de avisárselo así á dicho Padre.»

Cheminot se ponía en rebelion abierta contra su Instituto, y los consejos de sus superiores le habian hallado sordo ó indiferente; pero suscitando en su alma alguna incertidumbre su patente proscripcion, creyó oportuno, para ocultar sus futuros remordimientos bajo una violencia de su príncipe, hacerse dirigir desde Worms, con fecha de 24 de marzo, la órden siguiente: «Mi reverendo Padre, le decia el duque de Lorena, considerando que «me habeis advertido que vuestro reverendo Padre General os «estrechaba á que abandonáeis mi corte solicitando primero mi «permiso, os debo advertir que no puedo permitirlo por justas razones, ni vos verificarlo; de lo contrario incurriréis en mi indignacion, y me obligaréis á arrestaros, para que aprendan mis «súbditos á no desobedecerme en cosa que yo mande.»

Creyendo cubierta su responsabilidad con tales amenazas, cuya eficacia era bien conocida á los Jesuitas, esperaba Cheminot que las cosas no pasarian mas adelante, y que la misma complicidad de Carlos IV seria para él una especie de salvaguardia; pero se engañó en sus cálculos. Como el escándalo habia sido público, la Santa Sede y el General de la Compañía, que habian agotado todos los medios de persuasion, trataron de recurrir á las vias de rigor, y lanzaron contra él un anatema, que ningun oficial público se atrevió á participárselo, sabiendo que era terrible la cólera del Duque. Hé aquí los términos en que dió cuenta al General Mucio Vitelleschi el P. Gerardo Tocius, encargado de esta comision:

«El 27 de abril de 1643, escribe desde Worms con fecha 2 «de mayo, recibí órden de nuestro reverendo Padre provincial para intimar al P. Cheminot la sentencia de excomunion,

«con arreglo á las órdenes de V. P. Quedé sumido en el estupor, «y mis cabellos se erizaron. Muchas veces he leído y experimentado la verdad de estas palabras: *El espíritu está pronto, mas la carne es flaca*. Pensaba también en el furor del Duque y de «su concubina. Sin embargo, me he acriminado mi cobardía, y «he dicho para mí: vale mas que perezca uno solo, que el honor «de toda la Compañía, con gran detrimento de las almas. El 28 «de abril llamé á mi cuarto al Padre que habia venido un instante al colegio, y que ni aun soñaba en la próxima ejecución de las «amenazas tantas veces reiteradas. Le leí clara y distintamente, «en presencia de otros dos Padres, la fórmula de la excomunión, «que escuchó hasta el fin, saliendo del colegio triste y abatido.»

Separado Cheminot de la comunión de los fieles, habia pasado á ser un objeto de repulsión y de escándalo para sus hermanos y demás católicos; por lo que, conociendo tanto él como el Duque que no podían hacer frente á la Santa Sede, se sometió el excomulgado al General, manifestó un profundo arrepentimiento de sus errores, y se puso á la disposición de Vitelleschi. Los Jesuitas entre tanto, después de perdonarle el daño que habia acarreado á su Orden, arrastrados tal vez por el movimiento de los ánimos, ó repugnándoles quizás conducir al tribunal de la opinión pública un negocio en que se veía tristemente mezclado el empleo de confesor, condenaron al olvido los documentos que acabamos de aducir; mientras que estos documentos, en vez de presentar como culpable á una sociedad en masa, solo dejan á la historia el derecho de acusar á un solo individuo de ella.

CAPÍTULO XXV.

Posición que toma el General de la Compañía de Jesús en Roma.— Los Jesuitas en Italia.— El P. Gonfalonieri evangeliza en Córcega.— Su sistema para reprimir el robo.— Nuevos colegios.— Muerte de Paulo V y de Belarmino.— El P. Mazarini y Juana de Austria.— Insurrección de la Valtelina.— Llamán á los Jesuitas.— Negativa del General.— El papa Urbano VIII.— Canonización de san Ignacio de Loyola y de san Francisco Javier.— Ambición del P. Vermi.— Es electo obispo.— Es excomulgado.— Misiones en Sicilia.— El P. Pepé y los odios sicilianos.— Peste en Palermo.— Es nombrado visitador el P. Piccolomini.— Año secular.— Fiestas de los Jesuitas.— La *imago primi saeculi*.— Muerte de Vitelleschi.— Congregación general.— Es nombrado general el P. Caraffa.— Su muerte.— Elección de Piccolomini.— Nueva congregación.— El cardenal de Lugo.— Muerte de Piccolomini.— Nombramiento del P. Gottifredi.— Su muerte.— Elección del P. Goswin Nickel.— Los Jesuitas en Inglaterra bajo el reinado de Carlos I.— Convierte el P. Fischers á la condesa de Buckingham.— Reacción puritana.— Carácter de Carlos I.— Fermentos de revolución.— Son perseguidos los Jesuitas por los Puritanos.— Agréganse al partido de Carlos.— Impuestos contra los Católicos.— El Parlamento y los Jesuitas.— Ejecución de los PP. Holland y Corby.— El embajador de Francia y la duquesa de Guisa en su calabozo.— El P. Mors en la víspera de su suplicio.— Condena el Parlamento á los Jesuitas por ser sacerdotes católicos.— Muerte de Carlos I.— Acusan á los Jesuitas de haber provocado el regicidio.— El ministro Pedro Jurieu y los Jesuitas.— La república inglesa y Cromwell.— Las Cabezas-Redondas en Irlanda.— La peste y sacrificio de los PP. Dillon, Valois y Dawdal.— La décima congregación general expide un decreto para que cada provincia de la Orden se encargue de formar un Jesuita irlandés.— Son perseguidos los Católicos.— La Fronde y los Jesuitas.— Misiones de san Francisco Regis en el Vivarés y en Velay.— Sus virtudes y amor á los pobres.— Su muerte.— El P. Mannoír en Bretaña.— El P. Macedo en la corte de Suecia.— Cristina y el Jesuita.— Iniciala secretamente en los misterios de la fe.— Termina Descartes su conversión de consuno con los PP. Casati y Molinio.— Abdica y se hace católica.— Es restablecida en Venecia la Compañía.— Su situación en Europa y en el Nuevo Mundo.— Nombres ilustres que recibe en su seno.— Mr. Guizot y los Jesuitas.— Injusticias del calvinismo.

La influencia ejercida en Europa por los Jesuitas es un hecho incontestable; y su acción tampoco tiene necesidad de ser demostrada: solo puede concebirse una idea de las obras que en el mismo espacio de tiempo han podido realizar en Italia, si se para la